



## El Miedo del dios<sup>1</sup>

**José Luis Cardero López**

*Sin duda, no podrás dar con una prueba mayor de una educación pública viciosa y vergonzosa que la que ofrece la necesidad de médicos y jueces hábiles...*

*PLATON, República, 405 a.*

Mi objetivo es analizar esa figura a la que aquí voy a llamar Miedo y reflexionar además sobre las diversas formas y matices en que aparece junto a nosotros<sup>2</sup>. En el miedo genéricamente considerado hay algo tan peculiar y tan común a todos los seres –humanos y no humanos–, tan vinculado a la expresión misma de la vida, que su presencia se pone casi inmediatamente de manifiesto en el lenguaje, en la relación, en el contacto. No será quizá gratuito presentar como uno de los motivos de la reflexión que ahora comienza el hecho de que el miedo, en tanto que concepto genérico, es inherente a muchos de los seres vivos que conocemos, quizá predicable de todos ellos. De la amplitud que muestre el abanico de posibilidades de sentir o experimentar ese miedo genérico y, más concretamente en nuestro caso, el Miedo, ante circunstancias –definidas o sin definir– del existir, pueden deducirse de una manera bastante fiel los patrones de la complejidad exhibida por los seres que en dicho existir se desarrollan.

La sociedad en la que vivimos es –de forma inconfesada pero no por ello menos cierta– una sociedad caracterizada por el Miedo. El Miedo inunda nuestras relaciones, nuestras dependencias, nuestro trabajo, nuestros apetitos y nuestros deseos. Conforman nuestra visión del mundo de una manera quizá más decisiva que cualquier otro sentimiento o impulso. Pero, pese a todo, el Miedo no es reconocido. Su sola mención despierta una necesidad de ocultación, como si se tratara de un estigma que es preciso esconder no solo de la vista de los demás, sino –sobre todo– del avatar escudriñador de nuestra propia consciencia, para apartar al Miedo todo lo posible de esa capacidad de ser conscientes, por más que dicha condición de “conscientes” casi nunca vaya a ser del todo determinante como ejercicio.

<sup>1</sup> Este trabajo es la “introducción” a un texto denominado “El Miedo del dios. Un análisis antropológico y filosófico sobre las proyecciones del Miedo”

<sup>2</sup> Es obvio que habremos de efectuar un esfuerzo previo de clasificación y comprensión en relación con el miedo para saber de qué miedo –o acerca de qué miedo– vamos a hablar. No es lo mismo, por ejemplo, el miedo a romperse una pierna que el miedo a quedarse sin empleo; el miedo a la oscuridad, que el miedo a lo sagrado. Tampoco existe una concordancia exacta entre los términos que se refieren a este sentimiento en los diversos idiomas o en culturas distintas. En principio, cuando se hable de Miedo en el presente trabajo –y por motivos de brevedad y concisión lo singularizaremos así, con M mayúscula– me referiré en general a la figura con la que en nuestra cultura occidental se representa la angustia experimentada frente a algo insólito o inesperado que le acontece al ser y ante cuya ocurrencia éste cree estar –o está efectivamente– sin defensa. Veremos más adelante que una condición esencial de ese Miedo es la de ser condicionado históricamente, en la concepción marxista del término “histórico”.

Porque, en definitiva, aquello que nos desasosiega no es tanto el Miedo en sí, cuanto la consciencia del Miedo, la posibilidad de que el Miedo se revele, de pronto, en su condición de ser y ponga de manifiesto la necesidad de su ocultamiento. Habremos de dirigirnos a la trastienda mas o menos oscura de ese ser que es el humano y llegar hasta la sustancia misma por detrás de la fachada que suele presentar ante el mundo, para lograr un atisbo de explicación de esa realidad de la existencia, ya que el Miedo existe en nosotros incluso cuando tenga que hacerlo a través de su propia negación. Y es el hecho de negar-se –o el de ser-negado- el que, lejos de extinguirlo, lo alimenta y lo refuerza como un soplo poderoso, toda vez que de esa negación obtiene él su autoconfirmación como existencial del ser<sup>3</sup>. En el carácter de existencial se desvela casi por completo la estructura posible del Miedo y su funcionar. Lo consideramos existencial debido a ese retroalimentarse en base a su propia negación y no-reconocimiento y en base también a la posibilidad –a la tendencia, más bien- del revelarse en condición de ser. Estas dos circunstancias son, como veremos en su momento, en razón del resultado de una lucha de contrarios que modifica los propios fundamentos sobre los que se desarrolla. Pero también habrá que dilucidar otra cuestión no menos importante en lo que se refiere al carácter de existencial, puesto que tal carácter posee una cualidad que lo identifica y manifiesta como campo, es decir, como una zona perturbada del existir, si se permite tal expresión, y con ello solo queremos describir el hecho objetivo de que el Miedo nos afecta más cuanto más nos introducimos en su área de influencia. La cuestión es: ¿cómo puede incrementarse ese potencial –es decir, esa fuerza actuante, esa condición dinámica del Miedo- tanto en razón de reflexividad (negar-se) como en razón de proyectividad (ser-negado)? Y, cuestión derivada tal vez, pero no menos importante a la hora de las explicaciones, ¿porqué necesita el Miedo en ambos casos, de un ser-espejo, de una estructura al menos bipolar, aun cuando tal condición del ser-espejo pueda resultar que es, además, intercambiable con el ser-sujeto del propio Miedo? Es necesario decir desde ahora que bien puede ocurrir que estemos en presencia de un proceso complejo a través del cual el Miedo se reviste con una coraza existencial del ser, cuando verdaderamente es el suspiro de un espíritu trastornado y en ese caso no habría reflexividad singularizada de proyectividad, sino tan solo un fantasmagórico vaivén de la conciencia extrañada. ¿Nos sorprenderíamos por ello nosotros, que tantas cosas hemos visto y que hemos presenciado como caían del cielo, cual estrellas vengativas, tantos ángeles?

El Miedo corre asimismo con el logos, con el discurso. Utiliza la capacidad “discursiva” del logos, su potencialidad de referirse a, de evocar, para trasladar su acción dipolar –o su fantasmagoría- hasta puntos del campo cada vez más alejados. Pero aquí no se envía una potenciación del ser del Miedo, sino múltiples posibilidades que guardan en sí su energía para constituir nuevas fuentes de origen secundarias. Ellas estarán latentes hasta que una circunstancia, situación o aviso del existir las dispare en una acción catalizadora. Por eso el Miedo –el actuar del Miedo a través de su existencial- se puede propagar en el tiempo y en el espacio, y puede impregnar con su posibilidad el existir de muchos individuos. Y eso a través del discurso, porque

---

<sup>3</sup> Considero que en la condición de “existencial” se manifiesta la unión de dos naturalezas contradictorias que simbólicamente aparecen reflejadas en muchas construcciones culturales bajo las figuras de “luz” y “oscuridad”, “bien” y “mal”. Tal vez sea posible considerar también en esta condición de “existencial” la confluencia de dos conceptos asimismo contradictorios como “veracidad” y “falsedad” en el sentido apuntado por Dilthey (*Wahrhaftigkeit* y *Unwarhaftigkeit*) en “Esbozos para una crítica de la razón histórica, II, La comprensión de otras personas y sus manifestaciones vitales” (*Entwürfe zur Kritik der Historischen Vernunft, II, Das Verstehen anderer Personen und ihrer Lebensäußerungen*). Véase en *Dos escritos sobre hermenéutica*, Wilhelm Dilthey, Ediciones Istmo, Madrid, 2000. pág. 156.

siempre que se habla del Miedo –es decir, siempre que su posibilidad se hace consciente y vence la fuerza que quiere apartarlo de la consciencia- se pone en marcha un mecanismo de autodefensa que, en parte, reside en el Miedo mismo –pues éste es en sí, al menos en su origen, una pieza del sistema defensivo del ser y la autodefensa y la capacidad de autopreservación son a su vez piezas esenciales de cualquier sistema defensivo como lo son de cualquier organización compleja- y en parte es añadido en su acto de constituirse. Es esta segunda posibilidad la que también nos interesa de un modo muy particular, ya que a lo largo del presente trabajo se pretende argumentar sobre el origen espúreo e interesado de la misma y acerca de su inserción ideológicamente condicionada con intenciones manipuladoras sobre el ser.

El revelarse del Miedo, su ocurrencia y su carácter de existencial muestran que existe una gruesa conexión entre el modelo social de nuestros días –y por modelo social entiendo una cosmovisión con todo su aparato simbólico, que induce una manera de pensar y de vivir, en las más amplias acepciones de estos términos- y ese Miedo manifestado como agente condicionante y acondicionante que utiliza para actuar todo tipo de coberturas y de soportes: ideológicos, religiosos, simbólicos.... El hecho de que la mayor parte de nosotros –por no hablar de una práctica totalidad de la población mundial- seamos poco conscientes de esa actuación, o hayamos de hacer un esfuerzo desmesurado para identificarla y hacerla pasar a las zonas conscientes del pensar, nos indica la profundidad de los estratos en los que esa manipulación ideológicamente condicionada se hace sentir.

La ilusión de la libertad –tal vez sería más exacto hablar de la invención de la libertad- es una muestra de ello <sup>4</sup>. Lo primero que se argumenta cuando la realidad de esa manipulación efectuada por los representantes de los intereses que dominan nuestro planeta se hace demasiado evidente, es, “Pero entonces, ¿qué pasa con la libertad? ¿es que NO SOMOS (NO TENEMOS DERECHO A SER) libres?” Parece como si esa evocación forzada de un deseo íntimamente humano –pero también, dado su carácter, susceptible de ser manipulado- pudiese servir desde su planteamiento como exorcismo contra la dura y terrible realidad derivada de la negación del ser. Nos encontramos entonces con la interacción mantenida entre la posibilidad de ocurrencia de algo como el Miedo, con su carácter de existencial y la expresión de una posibilidad –la libertad- que asimismo muestra ese carácter de existencial, es decir, apareciendo dotada de una condición que se revela particularmente cuando ella misma es retroalimentada por su negación o por su no-existencia –presentada como fantasmagoría del existir-, que nos confiesa la ausencia de nuestra libertad, aun cuando eso con ser malo no sea lo peor. Lo peor es que, si nos examinamos en la profundidad de nuestro ser, allí donde, como diría Heidegger, *hay ser*, allí donde la fantasmagoría pierde parte de su poder alucinógeno, podemos, como consecuencia de esa transición a una realidad no reconocida, plantearnos que no necesitamos esa libertad, hacernos la ilusión de que muy bien nos podemos pasar sin ella, e incluso, cuando aquella transición es demasiado brusca y se producen las luchas de contrarios entre lo inconsciente e internalizado y el horror vacío de nuestro existir que medio se nos revela, la conciencia emergente de que la *posibilidad* misma de la libertad nos da Miedo. He ahí el círculo completo del sufrimiento del ser, proyectado (el ser) como no-revelado: nos cuestionamos acerca del existir de ciertos valores –por ejemplo, la libertad- aún cuando en el fondo estamos convencidos de que no los necesitamos, *nos dan* Miedo y por eso, en un mecanismo reflejo y autojustificador, nos preguntamos *siempre* por ellos. Romper el círculo maligno sería desde luego -de nuevo en el caso

---

<sup>4</sup> Va a ser necesario examinar luego la naturaleza de la libertad como “existencial”, proyectada desde la confluencia de dos aspectos antagónicos de la misma, tales como los de “veracidad” y “falsedad” a los que nos referimos anteriormente.

de la libertad, o en los de la igualdad o la justicia- buscar y establecer dichos valores como práctica universal suprema, conquistarlos y vivirlos consciente y plenamente, con sus contradicciones internas, aun cuando las voces prudentes de todos aquellos que siempre niegan la Utopía nos desaconsejen hacerlo así o pongan ante nuestros ojos las consecuencias y los riesgos que sobrevendrían de obtenerlos y disfrutarlos. ¿No es esa, entonces, la razón misma del Miedo presentado como razón manipulada?

El recurso a Dios, a los dioses o a la trascendencia que presuntamente informa al ser humano, es otra muestra de aquella manipulación. Pero en este caso, la simplicidad de conceptos vacíos y de tipo jaculatorial –como los de “libertad”, “igualdad”, “justicia” y otros análogos- desaparece y toman su lugar la confusión, la fantasmagoría y el Miedo, en una articulación simbólico-cognitiva compleja, plena de elementos racionales e irracionales, antiguos y recientes, conscientes e inconscientes. El esquematismo de la jaculatoria o de la consigna ceden ante la imagen dialécticamente más avanzada de su proyección social, de la construcción e integración del fenómeno religioso como parte de un sistema más amplio de justificación del orden social existente y de su necesidad.

En cualquier caso, remontar el camino evolutivo de estos hechos y analizar su inclusión dentro de una explicación estructural de la religión o del hecho religioso en la que se incluyan en su ámbito institucionalizado las ideas jerarquizantes acerca de Dios o de dioses, es una tarea prolija, por muy sucinta que tal explicación pretendiera ser <sup>5</sup>. Además, no es mi objetivo al presente. Sin embargo, el hecho religioso y la creencia en Dios o dioses – a través de la articulación de esos constructos dentro del complejo de lo numinoso y su evolución- es paradigmático tanto de un actuar manipulador por parte de los intereses dominantes en cada época histórica, como de la instauración del Miedo en su papel de agente condicionante y acondicionante de cosmovisiones y prácticas del ser en el mundo. Por tanto, me referiré a ello en su momento con la extensión necesaria. Porque los dioses –todos los dioses- existen no únicamente, pero si tal vez principalmente, en razón del Miedo humano proyectado fuera de sí, primero por necesidad –para librarse de los temores experimentados hacia lo ajeno, lo externo y lo oscuro, hacia lo otro- más tarde, por comodidad y finalmente, por costumbre. Que la estructuración de lo numinoso, lo religioso y lo divino en la actualidad sea terriblemente compleja y crezca en los humanos como una excrescencia cuyos orígenes, propósitos y razones se han perdido en la noche de los tiempos, no quiere decir que no pueda ser explicable y explicada, bien con el concurso del Miedo proyectado o por cualquier otra forma, como más adelante veremos. Lo inexplicado no es desde luego necesariamente inexplicable, aun cuando esa necesidad vaya a ser reificada y remitida al limbo de los sucesos incontrolables por “naturaleza”, proyectando así lo inexplicado en un existir de razón manipulada.

El modelo de convivencia presente –podemos llamarlo “modelo convivencial”- es otra muestra o, mejor dicho, otro resultado, del actuar manipulador en su condición de actuar histórico, es decir, vinculado al desarrollo de las fuerzas productivas y a la necesidad de justificación del orden social vigente. Todo el mundo puede llegar a aceptar que cualquier modelo convivencial es, en definitiva, una convención, un acuerdo, la expresión de un contrato, por más que algunos deseen

---

<sup>5</sup> Religión, como conjunto de creencias y actos cultuales que expresa la relación del ser humano con lo sagrado y con la divinidad (*Enciclopedia de la Filosofía*, Garzanti, Ediciones B, pág. 841). La evolución de la idea de la religión puede seguirse a todo lo largo de la historia humana y comprende las aportaciones de autores tan dispares como Tomás de Aquino (*Summa theologiae*), Vico, Montesquieu, Rousseau, Kant, Marx, Weber, Freud, etc. . Su propedéutica va desde las especulaciones de Agustín de Hipona, hasta la antropología cultural de Müller, Spencer, Tylor o Malinowski, pasando por la etapa de la “ciencia de las religiones” vinculadas con el ideal kantiano o la fenomenología de Otto, Van der Leeuw, Wach o Eliade.

conferirle una condición más elevada y próxima a lo inmutable y fijo representado – simbólicamente- por la “naturaleza”. Algunos autores como Hobbes tratan de justificar la necesidad de ese modelo convivencial acordado o contractual asentándola directamente sobre la imagen socialmente estructurada del Miedo (el hombre es un lobo para el hombre y la única posibilidad de paz y desarrollo es la construcción “geométrico-racional” del estado, que no proviene de la condición natural humana sino que deriva de un pacto) <sup>6</sup>. Pretenden con ello dar a dicho modelo la figura de un escudo protector y hacerlo aparecer como la expresión culminante de unos intereses egoístas profunda e inevitablemente anclados en el espíritu humano. Esta tendencia ha sido discutida y criticada abundantemente en el desarrollo teórico de la Historia de las Ideas, aun cuando en nuestros días muchos traten de recuperarla y pretendan imponerla como algo “razonable” y en cualquier caso poco susceptible de discusión. El Miedo, una vez más, se utiliza como el argumento oculto de una intención ideológicamente condicionada, tanto para justificar un orden social determinado como para explicar mediante los recursos a la “naturaleza” los desequilibrios de los que ese Miedo surge.

Tal vez el modelo más expresivo de este funcionar con el Miedo –junto con el de la religión y la creencia en Dios o dioses antes comentada- sea el de las instituciones políticas. Desde siempre se ha argumentado su necesidad, una necesidad apoyada en el hecho aparentemente irrefutable de su existencia también aparentemente universal en tiempo y espacio. Pero nada hay más falso, porque el existir poco tiene que ver con la necesidad en el nivel institucional al que ahora nos referimos. Así, es posible decir que la vida deviene necesaria a través de la resolución dialéctica de contradicciones en el nivel previo y el consiguiente avance cualitativo desde dicho nivel. En el momento en que existan los elementos “pre-vitales” precisos y se den las circunstancias adecuadas, aparecerá la vida. Pero, en el nivel de la sociedad humana –que resulta ser cualitativamente más avanzado que el de la vida en sí- no deviene la necesidad ni la condición de necesario de la misma manera que en el nivel biológico, sino de modo sustancial y cualitativamente distinto. El Miedo –proceso instintivo de protección y salvaguarda- no puede actuar a nivel de la sociedad (forma cualitativamente más avanzada de organización de la materia) del mismo modo que lo hace a nivel biológico. Lo que los intereses dominantes pretenden en nuestros días –lo han pretendido a su manera en cada época histórica - es utilizar ese instrumento “pre-social” del Miedo, convenientemente desequilibrado e hipertrofiado como veremos en su momento, para justificar un sistema social en el que se instaure la norma “todos contra todos” y en cuyo seno cristalicen algunos “seres-sin-Miedo”, –visión típicamente hitleriana, por cierto <sup>7</sup>- y al que en cualquier caso –como modelo o como propósito- difícilmente se puede denominar “de convivencia”.

---

<sup>6</sup> Ver Hobbes, *Leviatán y Elementa philosophiae (De cive)*. El estado –el gran Leviatán- es el único que “está hecho para que no tenga miedo” Es el Hombre-artificial, el producto más grande y mejor de la técnica y de la mecánica.

<sup>7</sup> El personaje monstruoso de Hitler –monstruoso, pero explicable, asumible desde lo humano y desde lo histórico- representaría en muchos aspectos el de un “ser-sin-Miedo”, en el sentido que venimos predicando de “Miedo”. Las consecuencias de ello y de su influencia terrible llegadas hasta nosotros, vendrían a confirmar mi convencimiento de que, en nuestra sociedad actual, desde los puntos de vista social, político, económico, y también desde algunos otros, han prevalecido muchas de las ideas apuntadas por Hitler como tal “ser-sin-Miedo”–en nombre propio y, desde luego, también en el de los intereses del complejo militar industrial de su época- particularmente en el desmontaje de las organizaciones revolucionarias y de clase, en la asimilación del proletariado y en el abandono de muchas conquistas de la clase obrera, en las condiciones en que se desarrolla el trabajo esclavo de nuestros días, en la hipertrofia del individualismo egoísta, etc.. Desde luego, con independencia de ello, la lucha de empresarios, financieros y oligarcas contra la “bolchevización” de la sociedad, tiene precedentes tan

Libertad, convivencia, religión, política. Son aspectos cuyo comentario podría desdoblarse y extenderse casi hasta el infinito. Pero es necesario mencionar también, cuando menos, el aspecto de la educación-socialización –o socialización-educación- que, en el orden “natural” de las cosas de este mundo, aparece actuando al principio, en la recepción y acomodo primeros del ser en el mundo. En cualquier caso, conviene que no nos dejemos engañar por ese orden tan bien dispuesto, porque constituye asimismo una proyección del Miedo, una necesidad que, bajo su capa de proyección auto-justificada, esconde propósitos no siempre confesables. El proceso educación-socialización no se puede concebir sin la relación con el “otro” en sus múltiples aspectos y conformaciones, por más que este concepto del “otro” haya sido discutido e incluso puesto en entredicho por algunos autores<sup>8</sup>. En cualquier caso, la influencia dinámica del grupo social, ejercida bien a través de la familia o directamente sobre el sujeto, es un factor básico en la estructuración de los seres humanos como tales y no puede obviarse su importancia. En una buena medida, lo que somos lo debemos a nuestra educación-socialización, si bien, desde luego, esto no quiere decir en modo alguno que el individuo no sea capaz de variar sustancialmente esa influencia recibida, aunque eso tampoco vaya a ser, llegada la situación, un proceso sencillo.

En el seno del grupo familiar se produce el primer adoctrinamiento, ya que la familia es un poderoso vehículo transmisor de las normas, pautas y comportamientos que el grupo social considera como suyos y representativos. La familia es un sistema de producción y de reproducción a través del cual se transmiten y perpetúan los modelos cognitivos con los que se construyen cosmovisiones y pautas comportamentales, se justifican jerarquías normativas y estructurales o se defienden los intereses de los grupos dominantes a distintos niveles de actuación. Se trata de un sistema heredado a través del cual se pueden transmitir grandes volúmenes de información y es también un proceso privilegiado mediante el que se propaga la cultura como constructo genuinamente humano. Sin embargo ese sistema –esencial, por otra parte, para el progreso de la humanidad- ha sido y es utilizado además de forma habitual como medio para influenciar a los individuos desde su infancia, persiguiendo así la consecución de sujetos dóciles –o cuando menos, poco conflictivos- ante los requerimientos y exigencias del poder. Es, por tanto al mismo tiempo que todo lo anterior, un mecanismo de control y de sujeción del individuo durante su desarrollo vital completo.

Es en este nivel donde el Miedo va a ser activado como *desequilibrio* de un mecanismo que, en origen, es protector del individuo y también, donde será potenciado de manera preferente como agente de relación. Ello va vinculado a la imagen asumida universalmente de la familia como un ámbito seguro y protector donde se puede encontrar apoyo, comprensión y ayuda contra los “peligros” externos. De esta forma, el modelo cognitivo que sirve para actuar en las relaciones de los componentes de la familia respecto a los individuos y grupos externos a ella, vincula la imagen del mundo articulada en el juego de una oposición básica (“seguridad”–“peligro”) con otros constructos dialécticos (“bueno”–“malo”, “aceptable”–“inaceptable”, “sano”–“enfermo”, “limpio”–“sucio”... etc.) donde se confunden, entre otros, valores

---

antiguos, al menos, como la propia Revolución Socialista de Octubre en Rusia. El objetivo de conseguir la desaparición de la URSS y del campo socialista –un “mal ejemplo permanente” para los trabajadores de todo el mundo- desgraciadamente conseguido hoy, inaugura una época de retroceso de las conquistas sociales y de grave deterioro de la convivencia humana a todos sus niveles. Este es un “campo de caza” ideal para los nuevos “seres-sin-Miedo” que ya están entre nosotros y para los que vendrán.

<sup>8</sup> Véase por ejemplo lo que dice Clifford Geertz acerca de las dificultades que se presentan en la definición del “otro” y en el análisis de los criterios tradicionalmente utilizados para dicha definición. (en *El reconocimiento de la antropología*, Los Cuadernos de Antropología, pág. 59.)

comportamentales, opiniones vinculadas a intereses y normas éticas. No obstante, el Miedo va a resultar desencadenado por aquella oposición básica que enfrenta la seguridad presuntamente existente en el entorno familiar con la inseguridad y el peligro que, en principio, se reputan como características del mundo exterior.

Un ejemplo bastante típico en relación con este proceso de influencia, es el de la educación de la sensibilidad, es decir la articulación de las reacciones individuales ante las proyecciones de formas, imágenes, sonidos y sus múltiples combinaciones en aquello que se denomina “arte” en todas sus posibles variaciones (desde la música hasta los “grafitti” y mucho más allá y más lejos). Se trata, desde luego, de un modelo de respuesta que, siendo casi siempre individual en su emisión formal, posee una naturaleza social estructurada y estructurante; es asimismo una opción ideológica de las más poderosas en su expresión. Nada menos inocente que una opinión estética, diríamos, porque es éste un ámbito privilegiado de actuación del Miedo y, a través de él, de manifestación de un proceso expresivo complejo de intereses políticos y sociales. Museos, galerías de arte y salas de conciertos, por no citar otros lugares análogos, son auténticas armas de combate, tanto como pueden serlo las iglesias, las mezquitas o los consejos de administración. En todos ellos se destila el Miedo y en todos ellos también se utiliza el Miedo como proyección y como inducción de comportamientos. Es hasta cierto punto fascinante comprobar cómo el Miedo moldea a los individuos y los exilia en sí mismos hasta no reconocer-se, en ámbitos aparentemente tan inócuos como las exposiciones de pintura o las proyecciones de cine. Algunas declaraciones públicas sobre música o sobre el papel del arte en la educación y en la vida, por ejemplo, son verdaderos “tesoros” para el investigador social mínimamente preocupado por la repercusión de estos instrumentos formativos sobre los fenómenos más generales de interacción grupal o de cambio social en relación con la acción-proyección del Miedo.

Sin embargo, aunque su importancia es enorme en la generación y distribución social (producción y reproducción) del Miedo, no hablaremos aquí con la extensión que precisa, de un medio como la televisión que, en nuestros días, es utilizado consciente y ubícuamente por el poder como instrumento terrorista de alienación colectiva. Esta actuación concreta del poder sobre los individuos se lleva a cabo –en general- de un modo bastante menos refinado que aquellos otros utilizados en los casos citados anteriormente, quizá por la extensión casi universal que dicho medio ha adquirido en las últimas décadas. Precisamente por su importancia, necesitaría de un análisis mucho más pormenorizado del que ahora puedo dedicarle. Pero, en cualquier caso, sus efectos no deben ser olvidados. Por duro y terrible que pueda parecer, existen elementos suficientes para considerar que el doctor Goebbels continúa teniendo –pese a los años y pese a tantas odiosas circunstancias ocurridas- muchos émulos asomados cotidiana y esforzadamente a la pequeña pantalla. Para comprobarlo, solo es necesario acercarse a la programación televisiva más próxima y poseer una mínima capacidad de memoria histórica. Porque el doctor Goebbels era un auténtico maestro –no desde luego el único, ni el último- en el difícil “arte” de inducir y manejar el Miedo como arma de poder<sup>9</sup>.

Desde luego, toda esta estructura mantiene una justificación cuidadosamente oculta bajo referencias ambigüas y diversas. Así, por ejemplo, el “mundo exterior” suele ser, efectivamente, un lugar peligroso, donde se manifiestan de la manera más descarnada y cruel las contradicciones del modo de producción capitalista: desempleo, miseria, crimen organizado, mafias... Todo ello aparece en el marco del ámbito social como algo inevitable, imposible de controlar y devenido al fin como proyección del

---

<sup>9</sup> He dedicado un modesto esfuerzo al análisis de la televisión como arma terrorista del poder y al papel que personajes como Joseph Goebbels tuvieron en sus primeros desarrollos, en mi trabajo *Terror y poder. Un análisis simbólico del mensaje televisivo*.

“espíritu humano”, y los medios de comunicación –muy particularmente la televisión– cumplen un papel esencial en el proceso de elaboración de una imagen del Mundo articulada sobre ese actuar-proyectarse del Miedo. Para que semejante operación manipuladora sea asumible y efectiva, es ocultado el auténtico origen de tales manifestaciones, pretendiendo desacreditar los argumentos que puedan surgir acerca de su nacimiento, no en el ser humano, sino a partir de los propósitos depredadores de un sistema productivo que basa su existencia en la explotación y en la acumulación de beneficios y de poder.

Todos esos fenómenos que aparecen –o se presentan– como proyecciones del individuo son, realmente, necesidades del sistema, que no podría funcionar sin ellos. Así, la lucha de todos contra todos –expresión fenomenológica del espíritu del capitalismo y resultado de su exacerbada competitividad– es mostrada como un corolario inevitable del sistema de convivencia y, al mismo tiempo, funciona como elemento pretendidamente justificador de dicho sistema, argumentando que éste es el mejor, cuando no el único, de entre los posibles. En tal operación de camuflaje y acondicionamiento se utilizan todos los medios al alcance: falsificación de la Historia, modificación de sus coordenadas en beneficio de los intereses del poder, ocultación de la dinámica social y de la auténtica naturaleza de las relaciones de los seres humanos en el ámbito del sistema productivo, así como una reconstrucción interesada de la realidad, entre muchos otros. El proceso de actuación-proyectarse del Miedo como objeto social es determinante en la construcción dinámica de esa cosmovisión manipulada.

La dinámica histórica de los acontecimientos acelera las contradicciones internas que, a su vez, se dirigen hacia, y trabajan inevitablemente por, el cambio. Pero éste puede tardar mucho en llegar –las fuerzas de la Historia son lentas y a veces sobrepasan el intervalo cronológico de la vida humana– y, mientras tanto, las sensaciones de peligro e inseguridad se acrecientan, reforzando la aparente veracidad del modelo cognitivo que exhibe aquella dualidad compleja expresada en un primer nivel como “familia/seguridad” – “exterior/peligro”. El Miedo es a la vez, en este momento, una respuesta y un arma, condicionadas ambas por una perspectiva histórica manipulada y por una visión reificada de la realidad.

Inseguridad e inmutabilidad son los fundamentos del Miedo dentro de la estructura de la personalidad individual y de la personalidad colectiva. Al sistema le interesa asegurar que el Miedo está justificado ante las manifestaciones producidas por la naturaleza “perturbada” del ser humano, por su lado oscuro <sup>10</sup>, y que, en ningún caso, el deterioro de la convivencia, el peligro y la agresividad existentes en nuestras sociedades son resultado de las relaciones mantenidas dentro del sistema de producción ni están directamente relacionadas con éste. Por otra parte, al sistema le interesa también asegurar su permanencia, instaurando creencias o convicciones acerca de la inmutabilidad de ciertas estructuras y, desde luego, utilizando el poder simbólico de dichas creencias y convicciones como corolario justificativo de la inmutabilidad del sistema mismo en cuanto totalidad. Suelen emplearse en este caso referencias a la “naturaleza”, como paradigma de lo asentado, de lo fundado, cuando no de lo invariable, en lo que se refiere a valores. Una de las versiones más comunes del Miedo es su aparición o manifestación ante el cambio. Aquí, Miedo y cambio van

---

<sup>10</sup> En este sentido va el enorme flujo de noticias truculentas (crímenes, violaciones, tragedias, acontecimientos desdichados de todo tipo) que los medios de comunicación hacen llegar hasta el público, presentando ese río informativo desbordado, como un “logro” de la sociedad “democrática” (la “libertad de información”) ocultando su auténtico propósito: condicionar y manipular a los individuos, presentándoles el mundo como un lugar “peligroso”, desequilibrando su Miedo y justificando así –entre otras cosas– la proliferación de medidas de “seguridad” y la asfixia de las libertades públicas.



simbólicamente unidos a “riesgo”. Si bien el sistema acepta e incluso favorece las tendencias comportamentales hacia el riesgo como un elemento “necesario” para la obtención de determinados estatus, existe una porción de esa imagen sobre el riesgo que está internalizada como abstracción, formando parte del modelo cognitivo “conservativo” destinado a proteger al sistema de los cambios inducidos por individuos o por grupos, que podrían ponerlo en cuestión e incluso destruirlo. Este tipo de formaciones cognitivas de hipotético “doble uso” son frecuentes en el proceso socializador y se utilizan habitualmente en situaciones conflictivas, ambigüas, cuando el resultado va a ser igualmente comprometido sea cual fuere la decisión que se adopte. Pero asimismo se pueden usar como microsistemas referenciales e inferenciales portadores de normas y códigos de los que el individuo se va a servir en un momento dado de forma aparentemente libre, si bien, en verdad, socialmente inducida.

Desde la perspectiva diseñada por lo ya dicho hasta ahora, creo que es conveniente poner de relieve al menos tres cuestiones en este análisis. En primer lugar, la relativa facilidad con que un gran número de personas, en no pocas ocasiones países enteros e incluso grupos mucho más amplios en los casos de ciertos movimientos religiosos, pueden ser manipulados en sus convicciones, en su manera de ser o de vivir y en su cosmovisión. Los ejemplos son claros y muy descriptivos en la historia reciente. En segundo lugar, lo que esto significa: la existencia de propósitos e intereses decididos a llevar a cabo los esfuerzos y a establecer las condiciones que sean necesarias para conseguir sus objetivos y, una vez logrados, protegerlos de manera duradera y eficaz mediante la manipulación. En tercer lugar, lo que podría denominarse “persistencia de cosmovisiones”, es decir: el hecho de que el introducir una serie de cambios en la manera de ver el mundo de un grupo social dado, y aunque se trate de cambios fundamentales que habrían podido determinar perfectamente un desmoronamiento de la cosmovisión propiamente dicha, no producen el desencadenarse de tal ocurrencia, sino que se favorece de alguna manera la continuidad de la cosmovisión cambiada, mediante un fenómeno de “constancia de imagen”, como si no se hubiera producido cambio significativo alguno<sup>11</sup>. En este sentido, surge inevitablemente una discusión acerca de si el “cambio” de cosmovisiones aparentemente producido a lo largo de la historia humana es verdaderamente un cambio o sólo un cambio aparente, cuya constancia –presunta y universalmente reputada de “certeza indiscutible”- está trucada por ese fenómeno de la “persistencia de cosmovisiones”. El análisis sobre el actuar-proyectarse del Miedo, brinda así la oportunidad de investigar también la naturaleza de muchas –tal vez de todas- “certezas indiscutibles” que ofrecen las cosmovisiones del ser humano en el pasado y en el presente.

Los fenómenos sociales apuntados tienen mucho que ver, según creo, con un proceso paralelo relacionado a su vez con el Miedo como agente impulsor, y que podría ser descrito como sigue: La posibilidad de cambio unida a una creencia condicionada en lo inmutable del sistema. El cambio efectivo transmutado simbólicamente en constancia necesaria. La relación de dependencia simbólica entre lo “inmutable” y lo “indiscutible”. Y la permanencia virtual del eje de la cosmovisión, referida y creída incluso ante cambios reales y de hecho. Es interesante poner de relieve la “condición oscura” de tales fenómenos de permanencia; y me refiero con esa denominación a las consecuencias auto-estructurantes, a modo de “feed-back”, de un hecho reiteradamente observable en la naturaleza del Miedo como existencial: su naturaleza dual –ambigüa, más bien- derivada de la virtual simultaneidad de los

---

<sup>11</sup> Ejemplos de esta “persistencia de cosmovisiones” son, por ejemplo, los procesos de sincretismo por los cuales una religión sucede a otra sin variaciones sustanciales en el eje de las cosmovisiones implicadas.

acontecimientos de su actuar, de su no-reconocimiento y de su condición de actuar-proyectarse debida a ese proceso apuntado páginas atrás de retroalimentarse en base a su propia negación y no-reconocimiento y en base también a la posibilidad, a la tendencia, del revelarse en condición de ser, de aspirar por tanto de alguna manera a la sustitución del ser por el Miedo (aquí cabe la significación del *hay Miedo* como en aquél apunte heideggeriano del *hay ser* –es gibt Sein). Si el ser es ese misterio del “llenarse” el ente, el sustituir del Miedo no pasará de aspiración. Y la “condición oscura” puede describirse por lo tanto como una forma de presentación –un aspirar- de la materia social, sobre la que influye el actuar-proyectarse del Miedo como resultado de una interacción histórico-dialéctica del ser-en-el-mundo. Así, la “condición oscura” –cuya naturaleza es a la par ambigua y paradójica, tanto como histórica y dialéctica- se puede predicar tal vez de relativamente escasos elementos estructurantes del grupo social o del individuo, pero su influencia puede alcanzar a todo el conjunto del existir de aquellos, confiriéndoles sus propiedades y sus características, relatando sus acontecimientos.